

La globalización: ¿última fase de la última fase?

Luis Suárez Salazar

Profesor Adjunto. Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI).

Semanas atrás, releí un ensayo del «post-posmarxista» chileno Fernando Mires, en el cual, junto a su justa crítica al economicismo que acompaña casi todos los discursos sobre la globalización, se afirmaba que «con el fin del comunismo también ha terminado el período del imperialismo político». Igualmente, que «debilitados los vínculos que en el pasado forzaron a diversas naciones a alinearse geopolíticamente [...] la propia noción del imperialismo económico comienza a desdibujarse».¹

Esas afirmaciones, al igual que la manera unilateral con que tanto en el exterior como en algunos medios cubanos se aborda el tema de la globalización, me reafirmaron la necesidad de indagar cuál es el lugar histórico en que debemos colocar las complejas tendencias objetivas y subjetivas —económicas, sociales, políticas, científico-técnicas, ideológico-culturales, nacionales e internacionales— que se sintetizan en el tan utilizado, polisémico e impreciso concepto.

Dicho de otra forma, ¿es la globalización un proceso socialmente neutro, benéfico por igual para todos los países del mundo y para todas las clases y sectores

sociales, capaz de homogeneizar todas las economías nacionales del planeta, y que descansa, en lo fundamental, «en la difusión e implantación acelerada de los adelantos de la ciencia y la tecnología en el ámbito mundial»?² ¿O, por el contrario, es parte consustancial, intrínseca, del desarrollo contradictorio, desigual, combinado y deformado del capitalismo y, especialmente, de lo que Lenin definió, en 1917, como imperialismo?

En el caso de que aceptemos este último criterio, ¿es la globalización —como indicó Silvio Baró— un «período transicional» entre dos etapas del fenómeno imperialista,³ o es ya una fase superior, madura, de lo que los especialistas cubanos Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya han denominado «el capitalismo monopolista transnacional»?⁴

En esa lógica, ¿es la globalización el estadio final del capitalismo monopolista transnacional, después del cual vendrá, inevitablemente, el socialismo o lo que, en forma programática, el comandante Fidel Castro ha llamado «la globalización socialista»? ¿O, por el contrario, es lo que Francis Fukuyama definió «como el fin de la historia» o, más bien, como sugirió el economista

brasileño Theotonio Dos Santos, apenas el prólogo de un nuevo y contradictorio «ciclo largo de tonalidad expansiva» del capitalismo mundial?⁵

A responder estas preguntas va dirigido el presente artículo. Para hacerlo, lo dividiré en tres acápites. En el primero, exploraré la manera en que en la actualidad se expresan los que Lenin definió —para burlar la censura zarista— como «los cinco rasgos económicos» del capitalismo monopolista. En el segundo, presentaré algunas hipótesis acerca de las diferencias que aprecio entre el «imperialismo clásico» y lo que, solo por comodidad y ahorro de espacio, denominaré «imperialismo globalizado». ⁶ Y en el tercero, discutiré la pregunta relativa a si la globalización es o no el último estadio posible del fenómeno imperialista. ⁷

En todas mis respuestas retomaré las principales tesis desarrolladas por Lenin en *El imperialismo: fase superior del capitalismo*. También ciertos enunciados de lo que el teólogo de la liberación Giulio Girardi ha definido como el «marxismo cubano». ⁸ En su criterio, este se diferencia del marxismo-leninismo determinista, economicista, escolástico, metafísico, ateo y sociológicamente reduccionista que tipificó a los manuales soviéticos. Sobre todo, porque les atribuye a los pueblos (y no a las vanguardias políticas) el carácter de sujetos históricos de las transformaciones sociales. Y, desde ahí, deja establecido el papel central que tienen las luchas e iniciativas conscientes del sujeto popular, de los seres humanos, de sus dirigentes y movimientos políticos, de sus organizaciones y movimientos sociales, de los Estados nacionales, populares, socialistas o de corte socialista, así como de las estrategias, tácticas y acciones de sus antagonistas (el imperialismo y las clases dominantes locales) en la definición de las múltiples disyuntivas que acompañan constantemente el movimiento de la historia.

El comandante Ernesto Che Guevara, en su crítica a ciertas lecturas deterministas y economicistas del marxismo, lo expresó así: «nunca se puede desligar el análisis económico del hecho histórico de la lucha de clases, ni del hombre, “expresión viviente” de esas luchas». ⁹

Una relectura actual de *El imperialismo: fase superior del capitalismo*

Lenin sintetizó «los cinco rasgos económicos» que diferenciaban el capitalismo monopolista del capitalismo premonopolista. Estos eran: 1) la creciente concentración y centralización de la producción y los capitales, así como el consiguiente surgimiento de diversos monopolios (*trusts*, *cartels*) que, ya a comienzos del siglo xx, desempeñaban un papel decisivo en la

vida de los diferentes países del mundo; 2) la fusión del capital bancario con el capital industrial para dar origen al capital y a la oligarquía financieros; 3) la importancia adquirida por la exportación de capitales en relación con la exportación de mercancías; 4) el carácter cada vez más especulativo y parasitario del capitalismo; 5) la formación de agrupaciones monopolistas internacionales que, unidas a los Estados y gobiernos de las principales potencias capitalistas de la época, luchaban entre sí por repartirse el mundo.

La agudización de esas contradicciones producía enconados conflictos económicos, sociales, políticos o político-militares que, en determinadas circunstancias, conducían a las guerras interimperialistas y/o a nuevas subversiones del proletariado y sus aliados contra el poder político y económico del capital.

La certeza de sus pronósticos se confirmó antes, durante e inmediatamente después de la Primera y la Segunda guerras mundiales, así como en los diversos conflictos militares entre las principales potencias imperialistas y entre estas y «los pueblos oprimidos y explotados» que se libraron en los escenarios de lo que ahora llamamos el mundo subdesarrollado. Y ello fue así porque las naciones de esa parte del planeta, a las que Lenin definió como «colonias o semicolonias», pasaron a ser, desde fines del siglo xix, «eslabones de la cadena de operaciones del capital financiero mundial», que sobrexplota y subordina incluso a los Estados que gozan de la independencia política más completa. Al decir de Lenin, estos paulatinamente se transformaron en «países semidependientes».

¿Han desaparecido esas tendencias en la actualidad? ¿Están o no presentes estos «cinco rasgos económicos» del capitalismo monopolista en los procesos y tendencias de la globalización? En mi opinión, y sin negar todos los cambios que se han producido en el mundo desde 1917 hasta nuestros días —entre ellos, el desmoronamiento del «colonialismo clásico»—, la respuesta a la primera pregunta es negativa; mientras que la segunda tiene una respuesta totalmente afirmativa. Más aún, se puede demostrar de manera empírica que esos rasgos económicos y políticos del fenómeno imperialista son mucho más evidentes en la actualidad que a comienzos del siglo pasado.

Según todos los estudiosos de la globalización, incluidos sus apologistas, la concentración y la centralización de los capitales, la producción, los servicios, los conocimientos y el poder político-militar e ideológico-cultural en unas pocas manos y en unas pocas naciones del planeta es más apabullante que en ningún otro momento de la historia. Por consiguiente, se han multiplicado geoméricamente los procesos de fusión, adquisición, monopolización u oligopolización de las economías nacionales y de la economía mundial.

Según el *Informe del desarrollo humano*, de 1997, elaborado por el PNUD de la ONU, entre 1989 y 1996 el número de individuos con un patrimonio superior a los mil millones de dólares aumentó de 157 a 447. La riqueza neta de las diez personas más opulentas del mundo es, como promedio, de 133 mil millones de dólares; una y media veces superior que el ingreso nacional conjunto de todos los países definidos por la ONU como «menos adelantados».

Por otra parte, según la revista *The Economist*, del 30 de mayo de 1998, solo en los Estados Unidos el número de multimillonarios saltó de 13, en 1982, a 170 en los dos últimos años. El ingreso de ellos (unido al de un millón de millonarios que existen en la principal potencia capitalista del mundo) es más alto que el de 241,2 millones de norteamericanos; esto es, 90% de la población de ese país.

Según la misma fuente, en 1994 las cinco empresas privadas más grandes del mundo (General Motors, Ford, Toyota, Exxon y Royal Dutch/Shell) realizaban negocios que casi duplicaban el Producto Nacional Bruto (PNB) de todos los países de Asia meridional, triplicaban el de todas las naciones de África subsahariana y eran, en casi 800 mil millones de dólares, superiores que el PNB de las cerca de cincuenta naciones denominadas por la ONU, en forma eufemística, como *lesser developed countries* (países de menor desarrollo).

De acuerdo con estudios del Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD), en la primera mitad de la década de los 90, las principales corporaciones multinacionales empleaban directamente o subcontrataban cerca de 150 millones de personas, o sea, 6% de la población económicamente activa (2 500 millones) de todo el mundo. Sus activos se elevaban a 5 billones (millones de millones) de dólares. Controlaban 70% del comercio mundial, así como 75% de todas las Inversiones extranjeras directas (IED) que se movían en todo el mundo.¹⁰ Pero hay más. En la actualidad, las cien megacorporaciones más importantes (fuera del sector bancario) poseen 3,4 billones de dólares en activos. Esto es, un sexto del valor estimado del conjunto de todos los activos del mundo. Dos tercios de esas existencias están en sus países de origen: los Estados Unidos, Japón y las naciones integrantes de la Unión Europea; que, según Kenichi Ohmae, integran la Tríada del poder mundial.¹¹

Como escribe el propio autor, a comienzos de la década de los 90, sesentiocho «corporaciones triádicas» habían conformado el consorcio en robótica; otras doce formaban el de aviación y veintiuna integran el de la biotecnología; ramas que, junto a las telecomunicaciones —monopolizadas por cuatro grupos que, según Eric Toussaint, controlaban, en 1997, 70% de las ventas

mundiales—¹² están estrechamente vinculadas a los sectores de punta de la revolución científico-técnica contemporánea.

Esas megacorporaciones desarrollan una virtual guerra político-económica por distribuirse el mercado mundial. Así lo demuestra, entre otros ejemplos recientes, la enconada pugna entre la Boeing (norteamericana) y la Aerobus (europea) por el control del estratégico mercado de la aeronáutica civil; a pesar de que ambas controlan 95% de las ventas mundiales. Estamos observando, además, la puja económica y político-jurídica que se desarrolla entre Microsoft (propiedad de Bill Gates) con las otras empresas del sector por controlar la producción y comercialización de los *hard y softwares* de las llamadas «multimedias».

Ello, sin hablar de las pugnas nipo-norteamericanas o euro-norteamericanas por el dominio de los mercados, por garantizar o ampliar sus tradicionales «esferas de influencia»,¹³ o por utilizar a su favor todos los espacios del planeta e incluso controlar la explotación del cosmos. Según el especialista cubano Enrique González Manet, cinco o seis megafirmas, vinculadas al negocio audiovisual y a la electrónica, competirán o se fusionarán entre sí para lanzar, en los próximos años, cientos de satélites de baja órbita dirigidos a ensanchar y controlar, entre otras cosas, los llamados «sistemas de comunicación móviles globales».¹⁴

Desde luego, ello no quiere decir que esa exacerbada «competencia crucial y multidimensional»¹⁵ termine inevitablemente en conflictos político-militares y, mucho menos, en una nueva guerra mundial. Lenin nunca dijo que, en todos los casos, la competencia interimperialista llegaría a esos extremos. Por el contrario, afirmó y demostró que la mayor parte de las veces esta se desarrollaba por medios pacíficos o mediante movimientos pendulares entre las vías pacíficas, las violentas y las bélicas.

¿Sucederán nuevas guerras interimperialistas en el futuro? Algunos autores como Joseph S. Nye, Jr. pronostican que no. Fundamentan su juicio en el «estado de agarrotamiento» que producen los destructivos armamentos modernos. A estos solo les confieren un valor «coactivo y disuasivo». Sin embargo, no niegan —por el contrario, afirman— la necesidad de que los Estados Unidos continúen manteniendo su indiscutido poder militar «en el tablero de ajedrez tridimensional (bélico, económico y transnacional) que caracteriza el nuevo orden mundial».¹⁶

Otros, entre los que me incluyo, opinan que nada descarta que, en el futuro previsible, puedan desarrollarse, directa o indirectamente, nuevas conflagraciones interimperialistas, sobre todo en los escenarios del mundo subdesarrollado o de los países en «transición» del socialismo al capitalismo de Europa

central y oriental; mucho más por la importancia que continúa conservando el control de fuentes de materias primas estratégicas, de los combustibles fósiles e, incluso, de agua potable. Téngase en cuenta que, según el PNUD, el abastecimiento de agua potable per cápita en los llamados «países en vías de desarrollo» ha registrado una tendencia decreciente y que, en 1998, era solamente un tercio del existente en 1970.¹⁷

Lo antes dicho, al igual que los afanes hegemónicos de los círculos de poder norteamericanos, quizás explique la perdurable militarización de algunas economías capitalistas centrales y, en primer lugar, de la economía estadounidense. A pesar del fin de la Guerra fría, en 1998 el mundo gastó 760 mil millones de dólares en armamentos; 86% de dichos gastos fueron realizados por las cinco potencias con derecho al veto en el Consejo de Seguridad de la ONU, en particular por los Estados Unidos, Francia y el Reino Unido. Recuérdese que estos gastos improductivos fueron incluidos por Lenin como demostración del carácter parasitario del capitalismo monopolista de Estado.

Pero ese carácter parasitario y especulativo tiene otras expresiones actuales. Entre ellas, ese «inmenso casino mundial» —el término es de John Maynard Keynes— en el que, al calor de la globalización, se han transformado las principales bolsas de valores radicadas en diferentes lugares del planeta, electrónicamente interconectadas, en tiempo real, las veinticuatro horas del día. Se estima que los movimientos de capitales relativamente ociosos que en ellas se transan a velocidades astronómicas (nanosegundos) ya trascienden los 1,5 billones de dólares diarios, cifra que casi duplica todos los depósitos bancarios del mundo. También se estima que la mayor parte de los recursos que se mueven en esos mercados bursátiles se corresponden con una inconmensurable e incontrolable masa de capitales ficticios y especulativos (la llamada «burbuja financiera») relativamente autonomizados de la esfera productiva, así como del comercio de bienes y servicios. De ahí que las compraventas inducidas por operaciones nítidamente financieras sean cincuenta veces más importantes que las ligadas a la «economía real».

Ello, entre otras razones, explica por qué en los casi treinta países que integran la Organización para la Cooperación y el Desarrollo (en su mayoría pertenecientes al denominado Primer mundo) las finanzas progresan más rápido que el PIB, el comercio y las IED.¹⁸ También explica la importancia que, como parte de la globalización, han adquirido las inversiones extranjeras directas, los «capitales golondrinas», los préstamos bancarios y otras operaciones y servicios financieros. Como reconocen los más diversos autores, incluso alejados de la «cultura marxista», estas han tenido un crecimiento muy superior al comercio de bienes.

Según el Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA), entre 1983 y 1994 la producción mundial creció en 31,3%; el comercio mundial, en 137,7%; el de manufacturas, en 146,7%; mientras que las IED crecieron en 368%.¹⁹ Se confirma así el análisis de Lenin acerca de la relevancia que, en las condiciones del imperialismo, adquieren las exportaciones de capitales por sobre las de mercancías.

Por otra parte, está más que documentado cómo las empresas o megacorporaciones, incluso aquellas con vocación productivo-industrial, cada vez tienen una mayor integración y dependencia de las operaciones financieras. Se ratifica de esa manera la creciente fusión del capital bancario-financiero con el industrial, y la importancia que en la reproducción política y económica del capital ha adquirido la oligarquía financiera nacional y mundial. Lo dicho anteriormente también se demuestra en la creciente integración horizontal, vertical y supranacional que ha adquirido el llamado «capital corporativo transnacionalizado».

Esas tendencias tienen un impacto enormemente desestabilizador sobre las economías de los países capitalistas centrales, los subdesarrollados, y los antiguos países socialistas europeos. Propician lo que Lenin definió como «el asalto de la oligarquía financiera mundial sobre todos los países del mundo», incluidas las naciones «semidependientes», ubicadas en lo que hoy denominamos Tercer mundo. En estas últimas, al calor de los planes de ajuste y reestructuración neoliberal impulsados por el FMI y el BM, así como con el supuesto propósito de «honrar» la impagable deuda externa (2,2 billones de dólares en 1998) continúan desarrollándose procesos de descapitalización, privatización y desnacionalización de sus riquezas, incluidas las biogenéticas, en cantidades y cualidades que superan —como tempranamente indicó el presidente Fidel Castro— los procesos similares que se produjeron durante sus «conquistas» o primeras colonizaciones, por parte de las principales potencias europeas.²⁰ Entre 1980 y 1998, solo los países latinoamericanos y caribeños pagaron por la deuda contraída con diversas instituciones financieras internacionales cerca de 710 mil millones de dólares. A pesar de ello, la deuda actual trasciende los 750 mil millones de dólares; poco más del doble que cuando comenzó, en la década de los 80, la llamada «crisis de la deuda». Lo anterior no incluye los multimillonarios capitales (más de 350 mil millones de dólares) que se han «fugado» hacia las instituciones bancarias de los países capitalistas centrales.

Por otra parte, según el PNUD, en la actualidad el Tercer mundo transfiere hacia los países capitalistas centrales, por diferentes conceptos, 500 mil millones de dólares anuales.²¹ Adicionalmente, cifras parciales

¿Qué tiempo demorarán en construirse los nuevos sujetos sociales y políticos, locales, nacionales, transnacionales y pannaionales, capacitados para disputarles el poder a las clases dominantes y a las principales potencias imperialistas?
 ¿Cuáles serán los nuevos «eslabones débiles de la cadena de dominación imperialista»?

del Banco Mundial indican que 88 países del mundo subdesarrollado o en «transición» vendieron, entre 1988 y 1995 (en su absoluta mayoría al capital extranjero), 3 801 propiedades estatales, cuyos activos (muchas veces subvaluados) se estimaron en 135 mil millones de dólares. A esas cifras habría que agregar al menos —según la CEPAL (1998)— los procesos de adquisiciones por parte del capital transnacional de un creciente número de empresas privadas de los países del Tercer mundo —en particular los de mayor desarrollo relativo— que se están produciendo en la actualidad.

Se confirma así la actualidad y vigencia de las siguientes afirmaciones de Lenin:

La concentración ha llegado a tal punto [que se] monopoliza la mano de obra capacitada, se contratan los mejores ingenieros, [...] las vías y los medios de comunicación [...] van a parar a manos de los monopolios. El capitalismo en su fase imperialista, conduce de lleno a la socialización de la producción en sus más variados aspectos; arrastra, por decirlo así, a los capitalistas, en contra de su voluntad y su conciencia, a cierto régimen social nuevo, de transición de la absoluta competencia a la socialización completa.

La producción pasa a ser social, pero la apropiación continúa siendo privada. Los medios sociales de producción siguen siendo propiedad privada de un reducido número de individuos. Se conserva el marco general de la libre competencia formalmente reconocida, y el yugo de unos cuantos monopolistas sobre el resto de la población se hace cien veces más duro, más sensible, más insoportable.²²

Lo corroboran, entre otros datos, los cerca de 1 500 millones de personas que, según el Banco Mundial, viven en condiciones de pobreza crítica en todo el mundo, así como los más de 3 500 millones de habitantes del planeta sin los recursos mínimos necesarios para satisfacer sus más elementales necesidades materiales. A lo anterior podrían unirse las decenas de datos e indicadores presentes en la literatura académica y científica, así como en la elaborada por los organismos internacionales —la mayoría totalmente alejada de la cultura marxista— acerca de las injusticias, asimetrías, polarizaciones e iniquidades que caracterizan el actual sistema mundial.

En esas publicaciones —al igual que en los indicadores que tipifican la profunda crisis económica, social y ambiental del mundo— se puede encontrar el

más gráfico desmentido a las tesis de que las tendencias y procesos de la globalización y de la concomitante revolución científico-técnica contemporánea están en condiciones de homogeneizar las condiciones de funcionamiento de la mayor parte de las economías y las sociedades nacionales, así como las condiciones de vida de los seis mil millones de habitantes que ya tiene el planeta.

Algunas diferencias entre el «imperialismo clásico» y el «imperialismo globalizado»

Retomaré una de las preguntas anunciadas en la introducción: ¿es o no la globalización una fase superior del desarrollo contradictorio, desigual, combinado, estratificado y deformado del capitalismo monopolista de Estado o del imperialismo? Lo indicado en los párrafos precedentes así lo sugiere. En consecuencia, se ratifica la enorme utilidad de las reservas teóricas, conceptuales y metodológicas del marxismo y de sus diversas lecturas revolucionarias, incluido el leninismo, para la comprensión y la transformación de la realidad en el nuevo siglo.

Sin embargo, que una teoría conserve su vigencia esencial, no significa que deba aprehenderse, ni aplicarse en forma escolástica y dogmática. Mucho menos sin tratar de captar, en forma dialéctica, tanto teórica como empíricamente, «lo nuevo». Por ello, considero imprescindible que el pensamiento social, económico y político marxista, en particular el cubano, profundice sus conocimientos acerca de cuáles son las similitudes y diferencias, las continuidades y los cambios entre «el imperialismo clásico» (definido por Lenin) y el «imperialismo globalizado» que impera en la actualidad. Sin ánimo de ser exhaustivo, habría que profundizar, al menos, en los siguientes problemas:

1. Como a partir de diversas lecturas ha sistematizado Marta Harnecker,²³ el mundo de hoy —a diferencia del que vivieron y estudiaron Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Gramsci, Mao, Ho Chi Minh, e incluso, el Che Guevara— se caracteriza por una multifacética y simultánea transición entre dos paradigmas «civilizatorios» (de la «civilización industrial»

a la llamada «civilización metaindustrial»); entre dos órdenes e institucionalidades mundiales (del «orden» y la institucionalidad bihegemonizada, aunque tripolar, de la Guerra fría,²⁴ hacia un «orden» y una institucionalidad multipolar aún en ciernes); entre los actuales Estados nacionales y los «Estados regionales» o los «Estados continentales» que se vislumbran en el horizonte de lo que el canadiense Marshall MacLuhan llamó «la aldea global»²⁵ o de lo que otros especialistas han llamado, irónicamente, «el supermercado mundial».

Ello modifica, cuando menos, la manera de expresarse muchos de los rasgos económicos que Lenin (insisto en que solo los redujo a la economía para burlar la censura zarista) le atribuyó al capitalismo monopolista de Estado. De hecho, la consolidación de los capitales y consorcios triádicos, al igual que el proceso de conformación de la Unión Europea y de otros proyectos integracionistas o de libre comercio en otros espacios del mundo (como el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte), demuestran que las fronteras de los actuales Estados nacionales son cada vez más molestas para la expansión y universalización del capital. A tal grado que, en opinión de algunos de los apologistas del mal llamado «poscapitalismo» —como Henry Kissinger o Kenichi Ohmae— los «Estados continentales», según el primero, y los «Estados regionales», según el segundo, serán las unidades básicas del sistema mundial del próximo siglo.²⁶

2. En la base de todos estos procesos está la inconclusa transformación del capitalismo monopolista de base nacional, estadocéntrico y predominantemente industrial-financiero, hacia un neocapitalismo, centrado en el megamonopolio o megaoligopolio, cada vez más lejos de lo nacional, desterritorializado, transnacional, parasitario y especulativo, fundamentalmente sustentado en los sectores terciarios (servicios, finanzas, información, cultura) y cuaternarios (científico-técnicos) de la economía. Quizás esta última es una de sus principales diferencias con el «imperialismo clásico».

Aunque, como han demostrado diversos autores,²⁷ cuantitativamente todavía las fuentes principales de obtención de plusvalía (categoría, según Marx, definitoria del modo capitalista de producción) se encuentran en los países capitalistas centrales o en sus periferias inmediatas, es muy difícil de ignorar —y esto es un elemento cualitativo— que en los últimos años ha aparecido lo que en mi libro *El siglo XXI: posibilidades y desafíos para la Revolución cubana*²⁸ denominé —a partir de una idea del sociólogo brasileño René Armand Dreyfus— «una nueva oligarquía financiera y tecnocrática transnacionalizada».

En mi opinión, la necesidad de actualizar y ampliar el concepto leninista de «oligarquía financiera» está dada por el hecho de que, desde el final del segundo milenio

de la era cristiana, la ciencia y la técnica han pasado a ser —como bien han afirmado diversos autores— «una fuerza productiva directa», predominantemente controlada por las grandes corporaciones productivo-financieras transnacionales, ubicadas en los países de la tríada del poder mundial. En ellas y en ellos se centraliza y se concentra mucho más de 95% de todas las investigaciones básicas y aplicadas (la llamada investigación-desarrollo) que en la actualidad se llevan a cabo en todo el mundo.

3. A diferencia de las revoluciones científico-técnicas precedentes, dirigidas a reproducir, multiplicar o sustituir con máquinas las fuerzas y capacidades musculares y de articulación de la estructura física de los seres humanos, la actual concentra buena parte de sus esfuerzos en la producción de una nueva y más potente generación de instrumentos —las computadoras— y de máquinas-herramientas automatizadas, fácilmente reprogramables e «inteligentes» —la robotización— capaces de replicar los sistemas visuales y nerviosos de los seres humanos, e igualmente, sus capacidades físicas de memorizar, pensar y realizar, a velocidades cada vez mayores, operaciones vinculadas con los procesos del conocimiento, y, dentro de ellos, al análisis, la síntesis y la trasmisión de una miríada de datos, informaciones y mensajes.

Sin negar, como ha recordado Rubén Zardoya, los previsores abordajes realizados por Marx acerca de la constante y creciente automatización del modo capitalista de producción,²⁹ creo inevitable que todos estos nuevos descubrimientos científico-técnicos impacten en las diferentes variables y categorías de la reproducción del capital, en los planos nacional y transnacional. De ahí que, empíricamente, pueda demostrarse cómo la oligarquía financiera —en estrecha alianza con los principales Estados imperialistas— no solo monopoliza u oligopoliza el capital financiero —bancario e industrial—, sino también la mayor parte de los conocimientos científico-técnicos contemporáneos. Incluso, a través de la denominada «piratería biológica» trata de apropiarse de la mayor parte de las fuentes y reservas biogénicas que existen en todos los países del mundo. En el futuro, teóricamente, esas reservas le posibilitarán «clonar» y reproducir a su antojo tanto la vida vegetal como la animal.

4. Mientras este porvenir se concreta, el monopolio de la información y los conocimientos científico-técnicos le permite aprovechar, en función de la maximización de sus ganancias y de la explotación del trabajo y del mundo subdesarrollado, dependiente o «semidependiente», lo que Ernest Mandel, partiendo de Marx, definió tempranamente como «la renta tecnológica».³⁰ Esta no solamente surge de la aplicación de la ciencia y la técnica a las esferas financiera,

productiva o de los servicios más o menos tradicionales, sino también de lo que algunos autores provenientes de la cultura marxista han definido como «la industrialización de la superestructura»,³¹ o sea, de las «industrias culturales» que han venido adquiriendo una creciente importancia directa e indirecta en la reproducción del capital. Ello se potenciará en los próximos años, a causa de la expansión de las llamadas «superautopistas electrónicas de la información» y de la compatibilización e interconexión global de lo que el gobierno de los Estados Unidos ha definido como la infraestructura mundial de la información.³²

Es de prever que en la misma medida en que avancen estos procesos, y sin que pierdan importancia los instrumentos militares o las fuentes de poder económico más o menos tradicionales (como la posesión de ciertas materias primas, de nuevos materiales y de nuevas tecnologías), crecerán los conflictos interimperialistas e internacionales derivados de lo que Joseph S. Nye, Jr., ha denominado, en contraposición al poder coercitivo de las fuerzas militares o económicas, *soft power* (poder blando).

Estas, según el propio autor, son las que provienen de la capacidad que tienen o adquieran algunas potencias capitalistas o algunas megacorporaciones transnacionales de «lograr que otros quieran y hagan lo que ellas quieran». O lo que es lo mismo: «crear circunstancias para moldear las preferencias de otros». Ello conferirá a la dimensión ideológico-cultural de la globalización —a la que en otras ocasiones he denominado «la mundialización ideológico-cultural»—³³ una importancia extraordinariamente mayor de la que tuvo en la etapa del «imperialismo clásico».

La globalización: ¿última fase del imperialismo?

Probablemente, y tengo conciencia de que esta es una hipótesis fuerte, ninguna de las transformaciones «civilizatorias» nacionales e internacionales mencionadas en párrafos anteriores concluirán —para dar origen a otras transformaciones futuras— sin que estalle la nueva crisis global del capitalismo que se anuncia por doquier. ¿Será esta —como se han venido interrogando diversos autores— la crisis final de esa formación económica y social?³⁴

En mi opinión, no. La vida ha demostrado la bancarrota teórico-práctica de los conceptos posleninistas, según los cuales después de la Revolución de Octubre el capitalismo mundial habría entrado en sucesivas crisis generales de las cuales surgiría, inexorablemente, como fruto casi automático de la espiral ascendente de la historia, «el socialismo mundial».³⁵

Por el contrario, el devenir de la humanidad evidencia que ninguna formación económica y social ha desaparecido del proscenio en un acto único, ni mucho menos por el solo peso de sus contradicciones económicas, estructurales y objetivas, por muy agudas que sean. Los cambios entre una y otra formación económico-social (incluso, las involuciones) se han producido en largos períodos históricos, caracterizados por luchas, avances y retrocesos, victorias, derrotas, constantes flujos y reflujos entre las reformas, las contrarreformas, las revoluciones y las contrarrevoluciones, no importa la virulencia que las hayan caracterizado.

Todo lo anterior ha estado vinculado, en primer lugar, con las correlaciones de fuerzas políticas y militares, así como con la madurez que hayan alcanzado, en cada momento y lugar específico, los niveles de experiencia, conciencia, organización y lucha de los sujetos sociales y políticos defensores del viejo orden y, sobre todo, los llamados a edificar las nuevas relaciones socioeconómicas y político-ideológicas; es decir, de lo que Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Gramsci, Mao, Ho Chi Minh, el Che, Fidel y otros teóricos o dirigentes de los procesos revolucionarios contemporáneos han denominado «los factores subjetivos» implícitos en cualquier evolución, involución o transformación, más o menos radical, de las sociedades y del mundo.

De lo previo se desprende que sin la acción consciente de los seres humanos, de las clases, de los movimientos políticos y sociales, de las vanguardias políticas; sin programas, estrategias y tácticas adecuadas por parte del movimiento popular y revolucionario, las clases dominantes, en el plano nacional o internacional, pueden superar, una y otra vez, las crisis de su dominación³⁶ y —en el caso del capitalismo monopolista más o menos transnacionalizado— las inevitables crisis cíclicas, ya sean de onda corta, larga, coyunturales, reguladoras o estructurales que caracterizan a esa formación económico-social.

Por ello me adscribo al criterio de que el desarrollo y el desenlace de la crisis capitalista que se está gestando como fruto de las inmensas contradicciones del «imperialismo globalizado», no están predeterminados. Como en otras ocasiones históricas, dependerán, en última instancia, de la evolución y resultados de las contradicciones interimperialistas e interburguesas, así como, en primer término, de los diversos conflictos clasistas y extraclasistas, nacionales, continentales e internacionales que caracterizan el mundo contemporáneo; o, si se prefiere, de las resistencias, estatales y no estatales, contra el «nuevo orden mundial» de factura imperial y contra lo que se ha denominado «la globalización neoliberal». De la expansión y resultados de esas luchas también dependerá —como indicó

Ernest Mandel, retomando algunas tesis de León Trotsky— la posibilidad, el ritmo y la universalidad con que se reproduzca (o no) un nuevo «ciclo largo de tonalidad expansiva» del capitalismo mundial.

Desgraciadamente, aunque desde el punto de vista objetivo el capitalismo y el «imperialismo globalizado» están multiplicando a «sus sepultureros», y generando las condiciones para futuras y, tal vez, más profundas crisis de la dominación burguesa-imperialista, así como para nuevas ediciones de lo que Lenin llamó «la revolución social del proletariado», en la actualidad las condiciones subjetivas para una transformación revolucionaria de las sociedades y del mundo no están maduras. De ahí la importancia otorgada por dirigentes políticos, como Fidel Castro, a la lucha cultural y por las ideas en todo el mundo.

A ese retraso de las condiciones subjetivas no han sido ajenos los graves errores que se cometieron y todavía se cometen en nombre de las ideas del socialismo. Tampoco el abrupto cambio en la correlación mundial de fuerzas que se produjo desde fines de la década de los 80, a partir del derrumbe de los «falsos y deformes socialismos europeos», como los calificó Carlos Rafael Rodríguez,³⁷ ni los retrocesos que, al calor de ellas, se produjeron en la ideología, la cultura y la política mundiales.

En caso de que no maduren y cristalicen los factores subjetivos que demandan los cambios revolucionarios, uno de los escenarios futuros —quizás, el más probable— es que, después de la crisis capitalista que se avecina, el capitalismo mundial logre desplegar, como en otros momentos históricos, un nuevo, contradictorio, deformado, combinado y desigual «ciclo largo de tonalidad expansiva», en el cual madurarán y se afianzarán los rasgos transnacionalizadores y supraestatales mencionados.

En el caso de que esta hipótesis se confirmara, ¿significa que se acabó la historia y que el capitalismo triunfó para siempre, en todas partes? En lo absoluto. Si miramos la profunda crisis social y ecológica del mundo, seguramente concluiremos que el imperialismo globalizado no tiene soluciones para los grandes problemas de la humanidad. Más bien, todo lo contrario: su acción agudizará todas las contradicciones y crisis del capitalismo monopolista o del «capitalismo tardío». En primer lugar, las derivadas del carácter cada vez más social de la producción y la apropiación cada vez más privada del producto. Y, paralelamente, los conflictos entre el capital y el trabajo, entre las principales potencias imperialistas que seguirán luchando entre sí por repartirse el mundo, así como entre estas y los pueblos oprimidos y explotados, neocoloniales o «semidependientes» de todo el planeta.

De esas agudizadas contradicciones, más tarde o más temprano, surgirá una nueva constelación de fuerzas socioclasistas, extraclasistas, culturales, de género, raza y generación, locales, nacionales, regionales, panregionales y transnacionales³⁸ portadoras de nuevos programas de lucha contra el *status quo*, al igual que de nuevas utopías de transformación social a escala nacional, continental o mundial. Estas, de una u otra manera, se identificarán con los ideales éticos y libertarios del verdadero socialismo o, si se prefiere, del comunismo.

Para llevar a feliz término sus proyectos, esa nueva constelación de fuerzas sociales y políticas tendrá que plantearse, más tarde o más temprano, la tarea de arrebatarles, por la razón o la fuerza, el poder político, económico, tecnológico e ideológico-cultural a las clases dominantes y, en particular, a la oligarquía financiera y tecnocrática transnacionalizada, que crecientemente está controlando y depredando las principales riquezas y especies del planeta, en primer lugar, a los seres humanos.

Lo anterior con seguridad será precedido por el despliegue de múltiples formas de lucha (algunas inéditas), por renovadas dialécticas entre las reformas, las contrarreformas, la revolución y la contrarrevolución que, de nuevo, pondrán en el orden del día la capacidad de los dirigentes, los movimientos y las vanguardias políticas populares de encontrarles (o no) salidas revolucionarias a las agudas contradicciones —antagónicas y no antagónicas— presentes en el devenir de la humanidad. A estos dirigentes y a esas organizaciones igualmente se les planteará la impostergable tarea de formar un nuevo internacionalismo de las clases trabajadoras o, mejor aún, un nuevo internacionalismo social que, sin sectarismos, ni reduccionismos sociológicos de ningún tipo, sea capaz de «sembrar nuevas ideas», de «globalizar» la verdad y la solidaridad, así como de sintetizar las plurales aspiraciones a preservar la vida y el planeta, al igual que mantener vivas las esperanzas de una vida más digna y mejor para la mayoría de sus moradores.³⁹

¿Será este un proceso inmediato? ¿Qué tiempo demorarán en construirse los nuevos sujetos sociales y políticos, locales, nacionales, transnacionales y panregionales, capacitados para disputarles el poder a las clases dominantes y a las principales potencias imperialistas? ¿Cuáles serán los nuevos «eslabones débiles de la cadena de dominación imperialista»? ¿Estarán en el Segundo, en el Tercero o en el Cuarto mundo o, más bien, en aquellas naciones capitalistas «desarrolladas», donde se van creando las premisas objetivas y materiales de la nueva formación económica y social? ¿Podrán los trabajadores y los sectores populares de los principales países capitalistas centrales

liberarse de la dominación del capital, sin antes contribuir a la emancipación de las «nuevas colonias y semicolonias» del imperialismo globalizado?

No lo sé. Pero lo que pueda ocurrir en el futuro previsible responderá a la lógica histórica que se expresa en estas palabras:

Los hombres no hacen ni pueden hacer la historia a su capricho [...] Pero el curso revolucionario de las sociedades humanas tampoco es independiente de la acción del hombre; se estanca, se atrasa o avanza en la medida en que las clases revolucionarias y sus dirigentes se ajustan a las leyes que rigen sus destinos. Marx, al descubrir las leyes científicas de ese desarrollo, elevó el factor consciente de los revolucionarios a un primer plano en los acontecimientos históricos.⁴⁰

Notas

1. Fernando Mires, «La globalización de los “economicistas”», *Servicio Informativo ALAI*, n. 283, Quito, 11 de noviembre de 1998, p. 11.
2. Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA), «Reflexiones sobre el Sistema de ciencia e innovación tecnológica», en *Documentación complementaria sobre el Sistema de ciencia e innovación tecnológica*, La Habana, julio de 1997.
3. Silvio Baró, «Globalización y nueva institucionalidad mundial», en *La globalización: un enfoque marxista cubano*, AUNA, La Habana, 1999, pp. 23-35.
4. Rafael Cervantes *et al.*, «La metamorfosis del capitalismo monopolista», *Cuba Socialista*, 3ra. época, n. 8, La Habana, 1997, pp. 46-55.
5. Theotonio Dos Santos, «La posguerra y los desafíos del mañana», *Cuadernos del Tercer Mundo*, a. XXI, n. 172, Montevideo, 1995, pp. 21-4. En los últimos años, la literatura marxista ha recuperado el concepto de que el capitalismo se desarrolla en ciclos de «onda larga de tonalidad recesiva y expansiva» (también conocido como ciclo Kondratiev) que —como promedio— tienen una duración aproximada de 25 a 30 años cada uno. Según ese criterio, desde la segunda mitad de la década de los 70, el capitalismo mundial está viviendo un «ciclo de onda larga de tonalidad recesiva» que pudiera haber culminado a fines del siglo XX, para dar inicio a un nuevo «ciclo de onda larga de tonalidad expansiva» similar al que vivió entre 1946-1974.
6. Es importante retener que, según han demostrado Paul Hirst y Graham Thompson (*Globalization in Question*, Polity Press, Cambridge, 1997), mediante la revisión comparativa de varias series macroestadísticas mundiales, el imperialismo actual está menos globalizado que el «clásico» de comienzos del siglo XX.
7. Llamo la atención de los lectores respecto a que, en español, el empleo de la palabra último(a) tiene, al menos dos connotaciones distintas. Puede emplearse para definir un acontecimiento reciente, como por ejemplo «el último evento sobre la globalización que se efectuó en La Habana»; o para indicar el final de un proceso cualquiera. En este sentido se emplea cuando se afirma: «El mensaje a todos los pueblos del mundo a través de la *Tricontinental* fue el último ensayo publicado por el Che antes de caer en Bolivia». Según aparece en la edición de la obra de Lenin que hemos venido comentando, el título con que esta se publicó por primera vez fue «El imperialismo: fase más reciente del capitalismo».
8. Vladimir I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo, Obras escogidas*, t. V, Editorial Progreso, Moscú, 1976, pp. 372-500; Giulio Girardi, *El ahora de Cuba*, Nueva Utopía, Madrid, 1998.
9. Ernesto Guevara, «La planificación socialista, su significado», *Obras 1957-1967*, t. II, Casa de las Américas, La Habana, 1970, pp. 319-31.
10. UNRISD, *Estados en desorden: los efectos sociales de la globalización*, Ginebra, 1975.
11. Kenichi Ohmae, *El poder de la triada*, McGraw-Hill, México, DF, 1991.
12. Eric Toussaint, *Deuda externa en el Tercer mundo: las finanzas contra los pueblos*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998.
13. Este proceso de consolidación o ampliación de sus «esferas de influencia» se expresa en el proyecto de regionalización neomonroista del hemisferio occidental que, junto al Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA), impulsan los círculos de poder norteamericanos. También en los planes para la consolidación y ampliación, hacia el sur y el este de la Unión Europea, que se desarrollan bajo la hegemonía de Francia y Alemania, al igual que en el reverdecimiento de los afanes japoneses de proyectar su presencia político-militar en la región Asia-Pacífico.
14. Enrique González Manet, «Globalización, medios de comunicación y dominación cultural», *Tricontinental*, n. 138, La Habana, 1997, pp. 9-13.
15. Benjamín Coriat, «Globalización de la economía y dimensiones macroeconómicas de la competitividad», *Realidad Económica*, nn. 124 y 125, Buenos Aires, 1994.
16. Joseph S. Nye, Jr., «Política de seguridad de los Estados Unidos: retos para el siglo XXI», en *Agenda de la política exterior de los Estados Unidos de América*, USIS, Washington DC, agosto de 1998.
17. PNUD, *Informe sobre el Desarrollo Humano*, Ediciones Mundi-Prensa, Madrid, 1997.
18. Eric Toussaint, ob. cit.
19. SELA, «Riesgos y oportunidades de la globalización», *Capítulos*, n. 47, Caracas, julio-septiembre de 1996, pp. 37-52.
20. Véase Fidel Castro, *La deuda externa y el nuevo orden económico internacional*, Editora Política, La Habana, 1985; «Discurso en el acto de entrega del Premio del Estado de São Paulo al etnólogo Orlando Villas Boas», *Fidel Castro en Brasil*, Editora Política, La Habana, 1990, pp. 10-30.
21. PNUD, ob. cit.
22. Vladimir I. Lenin, ob. cit.
23. Marta Harnecker, *La izquierda en el umbral del siglo XXI*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1999.
24. El lector debe tomar en consideración que, a pesar de la bipolaridad Este-Oeste o Estados Unidos-URSS existente durante la Guerra fría, el llamado Tercer mundo y sus organizaciones representativas (como el Movimiento de Países No Alineados y el Grupo de los 77) comenzaron a tener, a partir de las décadas de los 50 y los 60, un papel activo en el desarrollo de las relaciones internacionales. Por eso hablo de la tripolaridad, bihegemonizada por las dos principales potencias surgidas de la Segunda guerra mundial.

Luis Suárez Salazar

25. Marshall McLuhan, *La galaxia de Gutenberg, génesis del homotipographycus*, Aguilar, Madrid, 1972.

26. No se deben confundir ambos conceptos. Para Kenichi Ohmae (*El fin del Estado-nación: El ascenso de las economías regionales*, Editorial Andrés Bello, Caracas, 1997), los Estados regionales se conformarán como consecuencia de la fragmentación geoeconómica de algunos de los actuales Estados nacionales; mientras que para Kissinger, los Estados continentales surgirán de los procesos de integración económica y política (como la UE) que se están desarrollando, o de la consolidación y expansión de los Estados continentales ya existentes, como los Estados Unidos y la República Popular China. Véase Henry Kissinger, *La diplomacia*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1995.

27. Paul Hirst y Graham Thompson, ob. cit; Ricardo Ffrench-Davis, «Alcances económicos de la globalización», *Nueva Sociedad*, n. 147, Caracas, enero-febrero de 1997, pp. 27-33.

28. Luis Suárez Salazar, *El siglo XXI: posibilidades y desafíos para la Revolución cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2000.

29. Rubén Zardoya, «Globalización: un enfoque lógico e histórico», en *La globalización: un enfoque marxista cubano*, AUNA, La Habana, 1999, pp. 5-12.

30. Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, Ediciones Era, México DF, 1979.

31. César Siqueira Bolaño, «Economía política, globalización y comunicación», *Nueva Sociedad*, n. 140, Caracas, noviembre-diciembre de 1995, pp. 139-53.

32. Albert Gore, «Discurso en la Conferencia sobre desarrollo de la Unión Internacional de Telecomunicaciones, efectuada en Buenos Aires, Argentina, el 21 de mayo de 1994», en *Hacia una Infraestructura Mundial de la Información*, Servicio Cultural e Informativo de los Estados Unidos de América, noviembre de 1994.

33. Luis Suárez Salazar, «Nuevo orden mundial, integración y derechos humanos en el Caribe: apuntes para una reconceptualización», en *Globalización, integración y derechos humanos en el Caribe*, Documentos, n. 11, ILSA, Santafé de Bogotá, 1995, pp. 101-46.

34. Osvaldo Martínez, «Globalización: ¿alternativa o destino del sistema capitalista?», *Cuba Socialista*, 3ra. época, n. 8, La Habana,

1997, pp. 37-43; «El efecto dragón», *Cuba Socialista*, 3ra. época, n. 10, La Habana, 1998, pp. 40-50.

35. Preparando este artículo releí con sumo cuidado varios textos de Lenin, incluyendo el prólogo que preparó, el 6 de julio de 1920, para las ediciones francesa y alemana de *El imperialismo: fase superior del capitalismo*. No encontré ninguna afirmación que pudiera inducir a pensar que, en su criterio, el imperialismo de comienzos del siglo XX fuera la fase final del capitalismo, ni del capitalismo monopolista de Estado. Solo encontré sus insistencias en que el imperialismo era «la antesala de la revolución social del proletariado».

36. Manuel Piñeiro, «La crisis actual del imperialismo y los procesos revolucionarios en América Latina y el Caribe», *Cuba Socialista*, 2da. etapa, n. 4, La Habana, septiembre-noviembre de 1982, pp. 15-33.

37. Carlos Rafael Rodríguez, «Intervención en la inauguración del XVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)», en *Estado, nuevo orden económico y democracia en América Latina*, ALAS, Centro de Estudios sobre América (CEA)/Editorial Nueva Sociedad, La Habana/Caracas, 1992, p. 21.

38. Junto al sociólogo venezolano Daniel Mato (*Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*, Editorial Nueva Sociedad/UNESCO, Caracas, 1994, pp. 13-30) defino como fuerzas o identidades pan-nacionales aquellas que conforman los Estados y gobiernos; mientras que las fuerzas o identidades transnacionales son aquellas que trascienden y muchas veces cuestionan las actuales fronteras nacionales-estatales. El ejemplo típico de estas últimas son los movimientos indígenas que vindican sus culturas y tradiciones por encima de las fronteras creadas por los colonizadores.

39. Fidel Castro, *Globalización neoliberal y crisis económica global*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1999.

40. Fidel Castro, *Discurso en el XXV aniversario del asalto al Cuartel Moncada*, Editora Política, La Habana, 1978, p. 16.

© TEMAS, 2003.